

El arte y la ciencia de pensar (4 de 5)

Escuchar bien es una forma avanzada de pensamiento. En un mundo que premia las respuestas rápidas y los discursos preparados, escuchar con atención, sin prisa y sin prejuicio, se ha convertido en una forma de resistencia.

Porque no todo pensamiento nace del silencio interior. Mucho surge del otro. De la lectura pausada de un buen libro, de una conversación sin urgencias, de la contemplación de una obra de arte, de ese momento en que dejamos de proyectar y empezamos a recibir. Escuchar no es pasividad: es una actividad profunda, que exige presencia, atención, entrega.

Umberto Eco solía decir que “la lectura no es otra cosa que escuchar con los ojos”. Escuchar al texto, al autor, al contexto. Y también, escucharse a uno mismo mientras se lee. No se trata de acumular páginas, sino de permitir que una idea nos detenga, nos atraviese, nos transforme.

Lo mismo sucede cuando contemplamos una obra de arte o escuchamos una pieza musical sin buscar una utilidad inmediata. Son momentos donde el pensamiento se vuelve poroso. No analizamos: absorbemos, conectamos, intuimos. Dejamos espacio para que surjan preguntas que no habíamos formulado.

Borges decía que “pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer”. Pero para hacerlo bien, primero hay que haber escuchado los matices. La pluralidad. Las diferencias reales. Porque el pensamiento pobre es siempre pensamiento sordo: solo oye lo que ya pensaba.

Por eso quienes mejor lideran no son los que tienen más respuestas, sino los que hacen mejores preguntas. Los que crean espacios donde otros pueden pensar. Los que escuchan a su equipo, a sus clientes, al entorno. Y también a la historia, a la filosofía, a la ciencia, a la literatura. Porque el pensamiento sólido no se alimenta solo de KPIs y hojas Excel. Se nutre de cultura, de la esencia del ser humano.

Por eso creo que aciertan las organizaciones que deciden escuchar no solo como herramienta, sino como actitud. Una forma de estar en el mundo. Escuchar con profundidad es el primer paso para comprender, y comprender es el único camino hacia una acción que no sea simplemente repetitiva o reactiva, sino verdaderamente transformadora.

En tiempos de saturación informativa, escuchar se vuelve aún más valioso. Leer despacio un buen ensayo, ver una película sin distracciones, contemplar una obra sin buscar “el mensaje”. Todo eso educa nuestro pensamiento. Nos obliga a bajar el ritmo y abrir la mente.

¿No te ha pasado que grandes ideas te han llegado en una biblioteca, en una conversación sin guion, o paseando con un amigo? Escuchar al mundo es pensar con los sentidos atentos.

También en la empresa necesitamos aprender a escuchar. Escuchar las señales del mercado, sí, pero también las emociones del equipo, las ideas de quienes no siempre hablan más alto, las contradicciones que nadie se atreve a nombrar, pero todos sienten. Escuchar al cliente no como un dato, sino como una historia. Escuchar incluso lo que no se dice.

Peter Drucker ya lo decía sin rodeos: “El elemento más importante en la comunicación es escuchar lo que no se dice”. Una idea que hoy, en tiempos de mensajes vacíos y discursos de autopromoción en redes sociales, cobra una vigencia urgente.

Pensar bien es, también, dejar de hablar un momento. Ceder la palabra. Dar espacio. Escuchar sin pensar ya en la réplica. Porque solo quien escucha bien puede pensar con fundamento, con empatía, con perspectiva.

Y pensar con otros no significa siempre coincidir. A veces, al escuchar de verdad, descubrimos que no estamos de acuerdo. Y está bien. Lo importante es que ese desacuerdo esté fundado en comprensión, no en clichés. Que venga de haber escuchado, no de haber reaccionado.

Escuchar bien es la única forma de liderazgo. Porque exige no solo oír, sino abrirse a la posibilidad de cambiar.

Me despido con mi querido Atticus Finch, que en “Matar un ruiseñor” le enseña a su hija Scout que “nunca se entiende realmente a una persona hasta que se considera las cosas desde su punto de vista... hasta que se mete uno en su piel y camina con ella”. Escuchar no es solo una cortesía: es la única forma en la que aprendemos a ser mejores.

Pensar es escuchar.